

tísima y Augusta Trinidad; suplicando en seguida á las tres Divinas Personas glorificasen á su vez á nuestra Señora por todos los dones y mercedes que por mediacion suya envían á la tierra. Uníase despues á cada uno de los coros de Angeles y órdenes de bienaventurados, rogándoles se sirviesen en su nombre alabar y rendir gracias á Dios, á la Virgen, á los Angeles y Santos de su particular devocion.

Su segundo método de oracion consistía en recorrer todos los misterios de la vida y muerte de nuestro Señor, procurando acomodarlos con maravilloso artificio al tiempo y circunstancias, é implorar luego con cada uno de ellos en particular el auxilio de las personas de la Beatísima Trinidad y valimiento de los habitantes del cielo.

Formaba su tercero y último método de oracion con los preceptos de Dios y la Iglesia, enseñanzas de la fe, siete vicios capitales con sus siete virtudes opuestas, cinco sentidos del cuerpo y tres facultades del alma. Esta misma variedad de objetos le sugería diversos afectos de peticion, accion de gracias, etc. para sí y sus hermanos vivos ó difuntos, rogando á Dios tuviese la dignacion de condonarles todo cuanto pudiesen deberle por faltas contra los mandamientos, obras de misericordia, reato de culpas cometidas con los cinco sentidos del cuerpo y tres facultades del alma.

## SECCION VII.

### *Variedad en la devocion.*

Estos tres métodos de oracion le fueron á Fabre muy familiares. Ni debemos pasar en silencio los grandes recursos que le proporcionaron sus no escasos conocimientos acerca de la doctrina cristiana, como expresamente lo atestigua Orlandini. Dió asimismo con un libro de Santa Gertrúdis, del cual, segun él mismo confiesa, sacó abundantes materiales para la oracion, que llegaron á aprovecharle grandemente. La sucesion de las festividades eclesiásticas proveyéronle tambien de una maravillosa variedad de devociones. Esta variedad y sucesion de devociones excitaban tan fuertemente su apetito hácia el delicioso banquete de la oracion, que jamás, durante toda su vida, asistió á ningun acto religioso, fuese meditacion, Misa, exámen etc. por hábito y costumbre, ó simplemente por cumplir con la regla; sino que acudía diariamente á sus devociones más habituales por sendas nuevas y amenas, igualmente que el Beato Pablo de la Cruz, quien, como él mismo afirma, no se acordaba de haber dicho jamas una sola Misa por mera costumbre: cosa, por cierto, que pocos sacerdotes ancianos podrian asegurar de sí mismos.

Almas existen muy amadas de Dios á quienes



se digna el Altísimo conducir por diferentes caminos, y cuya variedad de devociones parece ser fatal á su fervor, á pesar de ser buenos todos los caminos celestiales, pues que son suyos. Pocas personas, efectivamente, se encuentran como María Dionisia de la Visitation, á quien Dios condujo por la senda de la multiplicidad de devociones. Cuéntase de ella que viendo una hermana suya de comunidad el manuscrito en que anotaba todos sus servicios é intenciones, preguntóla el motivo que tenía para rezar tanta muchedumbre de oraciones, y María Dionisia la replicó: *Lo hago así, hermana mia, porque el Señor se ha servido manifestarme que me ha criado para ese fin.*»

Existe una gran diferencia entre la variedad de devociones mentales y la carga indiscreta de oraciones vocales; y lo que los escritores espirituales afirman de las primeras, no siempre puede igualmente aplicarse á las últimas; sin embargo, es un error muy comun confundir ambas cosas. No siempre es malo cargarse con un considerable número de oraciones vocales—en la ciencia espiritual no hay ningún *siempre*, á no ser cuando se trata del pecado—pero sí, casi siempre. ¡Cuántas personas no comenzaron luego á volar, y á poco se fatigaron, cansaron sus alas y cayeron por fin á tierra, enredadas de letanias, cargadas de *Memorares*, abrumadas de rosarios y fuertemente maniatadas á las obligaciones de un sinnúmero de Terceras Órdenes y Confraterni-

dades! Por manera que llegan á perderse con las mismas cosas santas y no por otra causa, sino porque casi todas se comprometieron á practicar semejantes devociones sin conocimiento ni licencia de nadie.

La variedad de devociones mentales quizá no raras veces sea un mal, aunque es una cosa diferente del caso anterior; y las censuras injustas que algunos autores rigoristas lanzan contra toda variedad de devociones no están ciertamente muy en consonancia con la práctica de los Santos y la dulce y suave enseñanza de sus escritos. No hay cosa á que el hombre llegue más pronto á apasionarse como á un sistema de direccion espiritual, adquiriendo un convencimiento tan íntimo de que es el único camino seguro para alcanzar la perfeccion, que apenas puede comprender la diversidad de operaciones divinas, y no parece sino que quiere poner límites á la libertad con que el Espíritu Santo obra en el corazón de aquellos á quienes inspira. No ignoramos que la mortificacion sólida y la constante abnegacion de sí mismo son los caminos reales para la más alta perfeccion; pero ¿acaso no existen personas que carecen de ánimo para trepar por alturas escarpadas, y yacen postradas, gimiendo bajo la ladera de las aspiraciones más ordinarias? Pues qué, ¿no hay, por ventura, ninguna otra senda del amor ménos elevada que esos altísimos pináculos? ¡Ah! ¡cuántos, por haberles obligado á subir inconsideradamente demasiado alto,



encuéntanse ahora en el fondo del valle, asidos á la tierra, y afanándose por descender más bajo todavía! «Un buen superior, dice Santa Juana Francisca de Chantal, debe aprender á volar así bajo como alto:» y por cierto, que lo primero es aún más difícil que lo último; porque, notad sus palabras, no dice reposar bajo, sino volar bajo. Acaso sea verdad que el camino más corto y derecho para alcanzar una santidad eminente consista en atenerse á una sola cosa, á un solo punto de meditacion, á un solo examen y á un mismo ejercicio de devocion, guardando fielmente años enteros esta penosa unidad sin ninguna alteracion, como lo recomienda un escritor bastante celebrado; mas ¿quién es capaz de practicar semejantes cosas? Aquellos que viven en medio del mundo privados de los auxilios que ofrecen las casas religiosas, sin ningun noviciado ni penitencias propias de comunidad, distraidos con mil ocupaciones necesarias y entretenidos con las diversiones inevitables del trato social, ¿cómo es posible que lleguen á practicar esa uniformidad monótona de devociones? Sin embargo, tambien estas personas están llamadas á amar á Dios, y no quieren quedarse en zaga de los demás en la senda de la perfeccion. Luego, ó discurrís un procedimiento para secar sus corazones, ó los llenais con el suave rocío del cielo: no hay otro camino. Hé aquí el origen de esas anomalías espirituales que estamos viendo con tanta frecuencia, de

esas extravagancias de una vida devota, llena por un lado de prácticas propias de un claustro, y saturada por otro con las delicias mundanales de la corte. Y ¿cuáles son las consecuencias de semejantes extravagancias? La angustia, el desaliento, el completo abandono de sí mismo á los placeres de la tierra en justa venganza de su pasada estrechez, y, por último, el más absoluto alejamiento de la vida cristiana, de que yo no quisiera acordarme. Cualquiera cosa resulta de semejantes experimentos ménos la santidad heroica y ordinaria: estas cualidades jamás son frutos de tales ensayos.

Imagínanse no pocos que la devocion para ser sólida es preciso que sea seca y árida, olvidándose de que la sequedad es á propósito para formar polvo ó arena; ¿pero semejante sistema de sequedad da los resultados que sus patronos se prometen? Óyeseles apellidar necios mogigatos á aquellos que gustan de funciones religiosas, de fervorosas devociones, imágenes, estampas de la Virgen, fiestas y prácticas extranjeras, porque, en concepto suyo, una devocion italiana es la puerta más próxima á la herejía; mas páreceme que semejante repugnancia nace más bien de que dicha devocion tiene la desgracia de venir de la Ciudad Santa. Pues qué, ¿las personas que gustan de estas devociones, hacen acaso consistir en ellas toda su piedad? Porque posean uno de los caracteres de los buenos católicos ¿carecen *por eso mismo* de los



demás? ¿desechan acaso los frutos, porque amen las flores? La mortificación, decís, y el exacto cumplimiento de nuestros respectivos deberes es lo que interesa. Efectivamente; pero yo os pregunto á mi vez: ¿qué mortificaciones practicáis vosotros, discípulos fieles de la árida devoción? ¿Son exteriores, como cilicios, disciplinas, etc., ó interiores, como, por ejemplo, el desear que hablen mal de vosotros, y se os tenga en una baja estimación? Y ¿cómo cumplís vuestros respectivos deberes? El dar limosna es uno de ellos; otro, el conservar la inocencia en medio del mundo. ¿Cómo practicáis semejantes cosas? ¿Sed sinceros con vosotros mismos, ó á lo ménos sedlo para con vuestro Dios! Si incluís el entusiasmo en el número de culpas mortales, ¿en qué puesto de honor debemos entónces nosotros colocar á la tibieza? Posible es, y muy posible, que no sea el entusiasmo el mal monstruoso del mundo. Por lo que hace á nosotros, afortunadamente todavía no hemos experimentado aquí en Europa sus estragos horribles y espantosos. Mas como quiera que sea, en asuntos espirituales, lo que más debe asustarnos es el peligro en que nos hallamos de caer en pecado; y vosotros, yo os lo aseguro, no abrigueis ningún recelo de ser presa de un entusiasmo exaltado ni de una exagerada piedad.

Por otra parte, sucede no raras veces que las almas á quienes no agrada esta seca solidez—si es que algo seco puede ser sólido en una religión que es toda

unción y toda amor—permitiéndolas satisfacer sus primeros fervores con la variedad de devociones, diversiones, intereses y hasta cambios, llegan al cabo á subir á alturas más elevadas, trepando con ánimo muy varonil por las sendas más rectas y escabrosas de la santidad. Conducid, pues, á las almas por los caminos más suaves y alegres, á ménos que no veais claramente que Dios las llama á seguir los más ásperos y escarpados. ¿Cuántos no se pierden por obligarles á subir demasiado alto? ¿cuántos más todavía, por haberles inspirado cierto horror hacia la devoción sensible, haciéndoles creer que en la sequedad consiste la solidez? ¿Haced cuanto os agrade; pero no separeis á los fieles, yo os lo suplico encarecidamente, de su Dios misericordioso y compasivo! Por el contrario, trabajad todo lo posible para excitar en su ánimo un vivo interés hacia su divino Criador y Padre amoroso! Ciertas gentes, sin consideración al tiempo, lugar, estado y condición, desvivense por inculcar á las almas la necesidad de vivir alejadas de los dones de Dios, y hacerlas huir de los dulces afectos y excesivos fervores, cuando el peligro está más bien en el apego á sus carruajes y caballos, á sus tapicerías, galas, ricos adornos, vieja porcelana, quintas, casas de campo, teatros, óperas y demás pompas mundanales. Sería ciertamente un milagro estupendo de la gracia que los infelices poderosos cobrasen cierta ligera afición, aunque fuese desordenada, á una imá-



gen sagrada, ó al agua bendita, pues que todos ellos viven muy alejados de Dios, y muévense en una esfera que no parece sino que gira fuera del centro de la infinita inmensidad divina. ¡Nó! ¡nó! los avisos de Santa Teresa á sus Carmelitas descalzas no es fácil que aprovechen á semejantes personas; y sin embargo, ¡cuan excesivamente más laxa no es Santa Teresa, comparada con esos nuevos maestros de la ciencia espiritual! Mejor es revolotear cual mariposita al rededor de las luces de una solemne función religiosa, que vivir sin amor en medio de las dulzuras y diversiones mundanales, que, si bien parecen inocentes, acaso sean pecaminosas.

#### SECCION VIII.

##### *Jaculatorias y atencion.*

5.º Otro método para glorificar á Dios con las cosas ordinarias y comunes consiste en el ejercicio de la oracion jaculatoria. No es este el lugar de ocuparse detenidamente acerca de semejante asunto; su íntimo enlace con la materia de que estamos tratando es harto conocido de todos. La oracion jaculatoria fué la práctica principal con que llegaron los Padres del Desierto á una altura incomparable de santidad. Afirma San Francisco de Sales «que la gran fábrica de la devocion descansa sobre el ejercicio de la oracion jaculatoria, que á diferencia de todas las otras oracio-

nes puede suplir la falta de las demas.» El abad Isaac cuenta en Casiano cosas maravillosas de la simple jaculatoria: *Deus in adjutorium, etc.* Estando el Padre Brandano para partir á Portugal, suplicó á San Ignacio le dijese, en qué devociones deberían ejercitarse los estudiantes de la Compañía; y el Santo le respondió, «que además de las devociones de costumbre, se ejercitasen en andar siempre en la presencia de Dios, hablando, paseando, mirando, oyendo y pensando, ya que la divina Majestad se halla presente en todas las cosas, por presencia, presencia y potencia.» Díjole asimismo que «semejante ejercicio de la presencia de Dios era ménos laborioso que el de la meditacion sobre materias abstractas, y que una breve jaculatoria movía al Señor á visitarnos de una manera muy singular.» Suspiremos, pues, por la gloria de Dios: enviemos al cielo, desde las calles y plazas, flechas aceradas por los intereses de Jesus, y recitemos, doquiera nos hallemos, una corta oracion en favor de las almas de nuestros hermanos. Sin fatigarnos, podemos decir al dia un sinnúmero de jaculatorias y aspiraciones devotas; y cada una de ellas será más agradable á los ojos de Dios que una batalla ganada, un descubrimiento científico, un palacio de cristal, un cambio de ministerio ó una revolucion política. Varias son las jaculatorias que tienen indulgencias; y así la más breve sentencia: 1.º, ganará méritos; 2.º, impetrará gracias; 3.º, satisfará por las culpas;